


# IMAGINAR LO SINIESTRO



Centro Documental de Literatura Iberoamericana Carmen Balcells

# Imaginar lo siniestro

Centro Documental de Literatura
Iberoamericana Carmen Balcells

# Imaginar lo siniestro

**Título:** *Imaginar lo siniestro*
**Coordinación: Blanca Estela Ruiz Zaragoza**
**y Salma Eleni Villarreal Ibarra**
**Organizado por: Luis Antonio Suárez Pulido**
**Correción e ilustración: Luis Antonio Suárez Pulido**
**Maquetación: Mildreth Alejandra Vega Gutiérrez**
**Edición:** 2025
**Autores:** Andrea Jacqueline Juárez Hernández
Carmen Fernanda Gutiérrez Albarrán
Sofia Guadalupe Jiménez Rodríguez
Natalia Zavala Estrada
Luis Alberto Cervantes Ruiz
Thaily Ailed Mora Sánchez
Gabriela Torres Hernández

Este trabajo no se puede reproducir, distribuir, transformar ni publicar material sin el permiso expreso del autor.

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Sistema Universitario de Bibliotecas

CENTRO DOCUMENTAL
DE LITERATURA IBEROAMERICANA
CARMEN BALCELLS

## Prólogo

Siempre imaginé al género del terror latinoamericano como la grieta en una pared descarapelada por la humedad y a medio caer. Porque este terror nuestro, este que compartimos gracias al idioma y al espacio, es un terror que no da certezas de nada. No hay fórmulas, ni reglas, y ni siquiera una corriente clara. Los que escribimos o leemos, nos movemos desde la incertidumbre. Nos movemos junto con la fractura compartida que habita en nuestros cuerpos. Este terror nuestro se motiva por el deseo de asomarse. Con todo esto nació ***Imaginar lo siniestro:*** como una invitación a explorar esta grieta compartida.

Así, a inicios del mes de junio del 2025, un grupo de estudiantes nos reunimos para celebrar un taller de terror. Casi como un ritual, compartimos seis sesiones semanales. Veinte personas, con pensamientos diferentes sobre el género, leímos, escribimos y pensamos al terror desde nuestros entornos. Nos dimos cuenta pronto de que muchos de los miedos que nos acechaban, eran en realidad miedos de todos. Con el pasar de las sesiones, fuimos perfilando una idea del género de terror latinoamericano. Leímos a autoras fundacionales como Armonía Somers y Mariana Enriquez, pero también revisamos las poéticas más emergentes como Mónica Ojeda, Liliana Colanzi o María Fernanda Ampuero. Siempre desde la claridad crítica, pero también con la admiración que despertaban sus obras.

De esta forma se materializa esta antología, como resultado de la experiencia de siete escritores con el género del terror latinoamericano. Cada uno de ellos con una sensibilidad propia ante un mundo de tierra suelta. Hay monstruos que salen del río, mundos distópicos preocupados por la carne, cuerpos

marginalizados por la gentrificación, diablos que toman formas de animales y el deseo por lo prohibido y lo fantástico. Porque esta antología no es una antología de terror: esta antología nace del terror. El terror que experimenta el cuerpo en movimiento. Imaginar lo siniestro es un desprendimiento, una desconexión del mundo práctico, un siniestro nuestro. Es memoria, es violencia, es intimidad, es mito, es una puerta que se abre hacia el territorio de nadie. Es una invitación a entrar y compartir.

Siempre he tenido mala memoria, pero cuando se juntan dos cosas tan imposibles de olvidar como los miedos y la nostalgia, es probable que el recuerdo perdure para siempre entre los huesos y la carne. Por eso, agradezco profundamente a los autores de esta antología. Gracias por estar, por ser y por escribir. Sobre todo por escribir.

Luis Antonio Pulido

# Índice

**Consumo anymal**, 9
*Jacqueline Juárez*

**Nido de cuco**, 15
*Carmen Fernanda Gutiérrez Albarrán*

**La sombra en el espejo**, 31
*Sofia Rodriguez*

**El charco**, 35
*Natalia Zavala Estrada*

**Azno**, 39
*Luis Alberto Cervantes Ruiz*

**Cuando abro la puerta**, 43
*Thaily Ailed Sánchez*

**Camelia**, 47
*Gabriela Torres*

## Consumo anymal

Siempre me dio desconfianza tomar leche o "producto lácteo", como decían algunos envases. ¿Cómo iba yo a saber si realmente era de calidad? No es que me creyera ese montón de videos que circulaban por internet, donde decían que en la leche comercial de vaca había sangre, orina y hasta placenta. Difícilmente creía que las empresas millonarias de la industria láctea no tuvieran control de calidad. Suponía que los conservantes contrarrestaban los efectos de todos los fluidos, algo así como echarle cloro a la alberca.

Me decido y tomo un galón de dos litros de leche materna ultrapasteurizada deslactosada. La sección de lácteos, carnes y carnes frías del supermercado contrasta fuertemente con la sección de verduras. Al principio estás en un prado fértil, verde, y de pronto caes por una barranca desértica, fría y alejada de la mano de Dios. Además, está llena de carteles de 3x1, parece ser que la gente está dejando de consumir carne. Tanto las carnicerías como los supermercados ya no saben qué hacer para mantener las ventas.

Nunca estuve pendiente de las manifestaciones que hubo en contra de las lecheras más grandes del país, pero mi prima Carla sí. Se puso muy feliz cuando finalmente prohibieron la comercialización de leche de vaca, bueno, de productos lácteos de cualquier "anymal", como decían sus pancartas. Carla se embarazó por las mismas fechas en que empezaron a retirarse todos los productos lácteos de las tiendas y, paradójicamente, la leche era lo que más se le antojaba.

Solo en una ocasión acompañé a Carla a una manifestación en contra de las lecheras. La dinámica era bloquear la Carretera Nacional en el tramo 45, obstruyendo el paso con autos y vallas

humanas. Después, un grupo de personas se dirigía hacia la empacadora y comenzaba a vandalizar.

Otra estrategia utilizada para boicotear a la industria láctea fue infiltrarse en las empacadoras. Hubo grupos de activistas que consiguieron trabajar en las plantas de producción con la intención de destruirlas desde dentro. Las acciones que llevaron a cabo incluyeron desde envenenar al ganado, arruinar los productos hasta espionaje industrial. También hackearon cuentas bancarias y filtraron documentos en los que exponían las condiciones deplorables tanto de las vacas como de los filtros de calidad. A mi parecer, fue todo más bien un show mediático, pero no logro explicarme cómo consiguieron que la industria lechera se viniera abajo tan fácilmente.

El envenenamiento de las vacas ocurrido en la productora Nuevo Amanecer causó una polémica que monopolizó los medios tradicionales durante un mes. Además, dejó al descubierto la corrupción que había dentro del grupo activista Any-Mal, el cual fue culpado de la muerte del ganado. El periódico El Informador reveló una extensa investigación en la que exponía que la productora Margaritas del Sol, competencia principal de Nuevo Amanecer, financiaba al grupo Any-Mal.

Lo que más escandalizó a la sociedad fue conocer el estado de salud en que se encontraba el ganado. Para determinar la causa de muerte de las ciento cincuenta y tres vacas, se les realizaron autopsias cuyos resultados arrojaron la presencia de parásitos internos y mastitis en ciento treinta y tres bovinos. Se especuló que el envenenamiento fue una medida de salubridad para frenar el contagio en los establos. Las pérdidas económicas de Nuevo Amanecer fueron tan grandes que ocasionaron su disolución. El caso no terminó en nada concluyente y fue finalmente olvidado por los medios.

Margaritas del Sol intentó limpiar su nombre. Se contactó con una televisora para mostrar su proceso de producción. Sus anymales se encontraban en corraletas techadas, eran criados a libre pastoreo, se les realizaban baños purgantes cada veintiún días y cada dos meses se les administraba albendazol para desparasitarlas. Para la ordeña, trasladaban a las vacas del corral a la planta, donde subían formadas a una plataforma metálica y eran conectadas a máquinas ordeñadoras. El reportaje parecía ir muy bien hasta que mencionaron que las crías recién paridas eran separadas de su madre y llevadas a salas cuna, donde a los cuatro meses se realizaba un descarte del ganado. Este hecho conmovió profundamente al público.

Me dirijo al pasillo de belleza. Lo único malo de este súper es que no tiene señalamientos en cada pasillo. Hubo toda una renovación con la salida de los productos lácteos anymales. Afortunadamente es un lugar que conozco bien: los productos de belleza se encuentran al lado de la farmacia, cerca de la puerta de salida, junto a la sección de carne. Elijo un shampoo de menta. Aquí siempre es fácil elegir porque no hay gran variedad de productos desde que se impuso que todo sea cruelty free. Tacho una cosa más de mi lista.

Mi tía le decía a Carla que su antojo por la leche era un castigo divino por sus creencias antiespecistas, que Dios había creado a los animales para que nos los comiéramos. Yo escuchaba todas sus discusiones porque somos vecinas y nuestros patios están conectados. Un día, Carla entró a mi casa sin tocar, se puso cómoda y comenzó a hablarme. Era típico de ella hacer eso.

—Sé que tú piensas igual que mi mamá, pero al menos no lo exteriorizas —me lo dijo en un tono que me fue imposible saber si era o no un reclamo. —Es ridículo que ella esté tan molesta por lo de la leche y eso. Son alimentos que ella nunca

ha podido consumir porque su cuerpo no los digiere; desde los quince años los eliminó de su dieta.

—Yo también soy intolerante a la lactosa.

—Ese no es el punto. ¡Esto se trata de ideales, de lograr hacer un cambio! —me respondió exaltada.

—No lo entiendo. ¿Cuál cambio? ¿Para quién? ¿Eso qué beneficio tiene?

Fue en una de esas discusiones en que a Carla se le ocurrió la idea de su vida: vender leche materna. Claro que, cuando inició, no se imaginó que en cinco años se convertiría en la dueña de la productora de leche materna más grande de la región. Pensé que podían meterla presa por eso, pero ella me explicó que no estaría incumpliendo ninguna ley, debido a que la nueva legislación estipulaba que quedaban prohibidos los productos lácteos de origen anymal.

La diferencia entre anymal y animal era que los humanos estábamos incluidos en la segunda categoría, mientras que el resto del planeta en la primera. Lo que nos separó a las mujeres de las vacas y le permitió a mi prima comercializar con la leche materna fue una simple letra. Carla duró un día entero practicando la pronunciación de anymal: alargaba la "a" como si en vez de una la palabra tuviera dos.

Al principio, Carla y sus socias se reunían en mi casa porque mi refrigerador era lo suficientemente grande para almacenar su leche. Se trataba de tres mujeres a las que Carla conoció en el psicoprofiláctico: una de ellas era química, las otras dos se dedicaban a las ventas por internet. Las llegué a ver en algunas ocasiones cuando llegaba temprano a casa. En aquella época me gustaba pasarme todo el día en la alberca de la deportiva del barrio; iba siempre al salir del trabajo y me quedaba hasta que cerraban.

Yo creía en el negocio de Carla. Tuve un fuerte presentimiento sobre su éxito cuando me enteré de que el esposo de la química era antiguo socio de Nuevo Amanecer. Yo quería estar dentro a como diera lugar.

Miranda, Verónica y Marlene eran sus nombres; los leía cada vez que abría el refrigerador. La puerta estaba repleta de pequeños frascos de vidrio con leche. Cada botecito tenía dos etiquetas: una con el nombre de la lactante y otra que indicaba el proceso que se le había hecho: hervida, descongelada, con conservantes, pasteurizada. Yo me encargaba de digitalizar toda la información que ellas llevaban en una bitácora en papel.

A las mujeres lactantes se les recomienda muchísimo consumir lácteos porque estimulan la producción de leche materna. Debido a la falta de productos lácteos, y a que no podían consumir los que ellas mismas preparaban, tomaron la decisión de medicarse con metoclopramida: 10 mg, tres veces al día. No les sentó bien a todas ese medicamento. Verónica y Carla optaron por clorpromazina: 25 mg, tres veces al día. Bajo los efectos de esas sustancias llegaron al pico máximo de producción: se ordeñaban hasta tres veces al día, extrayendo un litro y medio de leche sin contar la que tomaban sus bebés.

Me dirijo hacia la sección de ropa. Ya casi es otoño y el clima ha empezado a refrescar. La sección de cosméticos comparte espacio con la de ropa, así que tengo la oportunidad de echar un vistazo a los productos: barra facial con leche materna y carbón activado; sueros con extracto de leche materna; máscaras de pestañas con mamey y leche materna.

La consigna favorita de mi prima era: "La leche de vaca es para los becerros, no para los humanos". La anotaba en todas las pancartas, en infinidad de posts en Instagram y en hashtags de Twitter. Efectivamente, la leche de vaca es para los becerros y la leche materna para los humanos. Ese fue el eslogan de su

marca al principio. Bajo esa oración se escudaba para preparar y distribuir sus productos lácteos.

Comenzaron distribuyendo leche materna pasteurizada y quesos en pequeños locales a lo largo y ancho de la ciudad. Como solo eran cuatro mujeres, y no podían usar su leche exclusivamente para producir, ya que también tenían que alimentar a sus hijos, empezaron a comprar leche de otras mujeres. Al principio solo buscaban mujeres embarazadas, pero cuando el proceso se industrializó, tuvieron que contratar a mujeres jóvenes, no embarazadas y no lactantes, a quienes les otorgaban un tratamiento hormonal para que pudieran lactar. El cambio fue debido a la limitada producción de las embarazadas, y un poco también para abaratar costos.

En cuestión de dos años tuvieron el capital suficiente para mudar el almacén de mi casa y adquirir una pequeña camioneta especial para la distribución. Al tratarse de un producto artesanal no tuvieron muchos problemas con los permisos de producción y distribución, ya que solo les exigieron protocolos de sanidad. Tampoco les fue difícil conseguir los permisos al industrializarse, pues contaban con el suficiente capital para cumplir con los requisitos, así como con los contactos adecuados por si algo hacía falta.

A Carla le aterra que se descubra que uno de los tantos efectos adversos del tratamiento hormonal que administra a las mujeres lactantes altera la leche en al menos un 30%, además de causar problemas de salud como calcificaciones mamarias y osteoporosis prematura. Ella sostiene que esa alteración en la leche no representa ningún riesgo para la salud de los consumidores, pero ni siquiera se ha molestado en notificar al Ministerio de Salud dichas alteraciones.

Finalmente me dirijo a la caja. A esta hora casi no hay gente y, además, llevo la cantidad de productos máxima para la caja rápida.

—Buenas noches. También tenemos los chocolates Dove sin azúcar, con y sin leche materna —me comenta la cajera mientras me cobra.

—Así estoy bien.

—Le entrego su ticket.

Al salir del súper, reviso mi reloj, las 7:38 p. m. Antes de llegar al estacionamiento, me intercepta una muchacha. Todo está oscuro y no logro ver su cara con claridad.

—Buenas noches. ¿Le interesaría firmar una encuesta a favor de la prohibición de la venta y consumo de carne anymal?

## Nido de cuco

Fue un lunes cuando apareció el letrero. Ibas caminando de regreso a casa, Lupita se embarró el chamoy de sus mangos encima de su uniforme y levantaste la cabeza para averiguar dónde podrías conseguirle una servilleta.

Estaba a las faldas del cerro, mostraba a una familia sonriente con niños y un perro juguetón. Las letras estaban en inglés y, como ustedes dos a duras penas pasaban ese curso, no entendieron qué significaba *a new land of opportunity*, pero sí consiguieron traducir el *for sale* que se leía en grandes letras rojas.

Como Lupita se quedó para hacer tarea, le platicaron a tu mamá que habían visto un letrero en inglés y ella pareció complacida cuando le dijeron que podían traducirlo, pero cuando le dijeron qué significaba, su sonrisa se borró por un instante.

Unos días después, mientras los niños de la cuadra jugaban fútbol en la calle, viste cómo varias vecinas platicaban en un círculo y alcanzaste a escuchar palabras como gringos, coto y cerrado. Eras chismoso, las palabras eran nuevas, así que te alejaste de los demás niños para escuchar más, pero tu mamá te cachó. Te dijo que era plática de adultos y te mandó para que jugaras con el resto. Al poco tiempo, el grupo se dispersó y no escuchaste que hablaran más del tema. Pasaron unas semanas y aparecieron los camiones de carga, las aplanadoras y demás carga pesada. Detrás del espacio que ocupaba el letrero, un ejército de trabajadores con chalecos fosforescentes y cascos amarillos comenzaron a trabajar la tierra. Todo el pueblo se llenó, día y noche, con el zumbido de las ruedas, las alarmas de la reversa, los taladros y los gritos en inglés.

Día y noche. Entre semana y fines. El taladro y el martillo y los gritos, todo el sonido era como una nata que llenaba el pueblo y provocaba que todo el mundo hablara en voz más alta y que sintieran un peso extraño sobre los hombros. Algunas personas fueron a quejarse con el presidente municipal y este prometió que haría una declaración pronto, pero por cada día que pasaba, su silencio se volvía más notorio que el ruido de la construcción.

Durante meses el sonido creció para volverse más insoportable y presente en cada espacio que ocupaba el pueblo. No había nadie a quien reclamarle directamente, pues los responsables nunca aparecían. Ninguno de los trabajadores hablaba español y casi nunca los veías fuera de la construcción. Ahí parecían comer, dormir, existir en un pequeño círculo en el que no le prestaban atención a las personas que pasaban alrededor.

Un día acabaron de levantar una gigantesca barda y pareció como si hubieran desaparecido detrás de ella. El sonido seguía aumentando, pero la gente ya ni siquiera podía hacerse una idea de lo que estaba pasando. Solo el ruido.

Pasaron así nueve meses hasta que dejaron de escucharlos.

Fue bueno, porque una vez escuchaste a tus vecinos decir que estaban a un mal día de tumbarle la puerta al presidente y lincharlo. En su lugar, lo que sucedió fue que se programó una feria municipal para celebrar el quince de septiembre y, después de dar el grito, el presidente les habló de un proyecto habitacional espectacular por el que todos deberían estar agradecidos. Lo describió como si fuera uno de los milagros que Dios le otorgó a los judíos en el desierto, iba a activar la economía, atraer la inversión privada y crear nuevos empleos.

Para el final de la reunión, recuerdas que las personas todavía se rehusaban a aceptarlo del todo, pero llegaron a la conclusión de que era un alivio que el ruido se terminara, y

mientras el asunto se quedara dentro de la barda perimetral, no afectarían a nadie.

Unos meses después, ya todos se habían olvidado del tema, pues aparentemente todo había vuelto a la normalidad.

Fue un lunes cuando los viste por primera vez. Se sintió casi como un déjà vu, porque igual ibas de camino a tu casa, e ibas con Lupita. Lo único diferente es que había pasado un año. Alcanzaste a ver un auto rojo cereza que atravesaba el portón. Pasó en dos segundos como máximo, pero un escalofrío recorrió tu espalda y no tuviste idea del porqué.

A la semana habían llegado otros tres. Todos los carros eran de diferentes colores y modelos, pero por sus ventanas no se veía que hubieran familias, sino parejas jóvenes de cabello rubio. Pasaron meses y aparecieron más autos y con ellos unos gigantescos camiones de mudanza, tan grandes que cuando les abrían las puertas, revelaban por unos segundos un parque gigantesco rodeado de múltiples casas hermosas.

Por la cantidad de personas que parecían estar circulando hacia las casas, tus vecinas comenzaron a mencionar que esperaban ver gringos cruzando por las calles y bromeaban acerca de tener que aprender inglés. Lo chistoso fue que eso nunca sucedió.

Los carros de colores siguieron haciendo su desfile hacia adentro, pero nunca parecían salir. Solo los camiones gigantescos, que salían con rapidez y volvían en masa pasados un par de días. Una vez un tipo de carro entraba, era probable que nunca más lo vieras salir.

Pasaron semanas. Lupita y tú comenzaron a sentarse para ver los carros pasar a diestra y siniestra. Hicieron un juego en el cual adivinaban de qué color sería el próximo auto que entrara, y quien atinaba tres seguidos, se ganaba un paquete de

chicles. Casi siempre ganaba ella. En una semana podía ganar catorce o quince veces.

Pasaron dos meses y ella estaba tan convencida de que podía ganar con facilidad que te apostó una mini pizza de la cooperativa a que ganaba tres veces seguidas. Tú le dijiste que estaba loca e hicieron carreritas hasta llegar enfrente del gran portón.

Se sentaron durante veinte minutos, esperando entre risas.

Ningún auto apareció.

Nadie nuevo se presentó en el pueblo, así que ninguna de las promesas de "inversión" que les hizo el alcalde parecía estar cercana a cumplirse.

Por si fuera poco, el agua comenzó a desaparecer. A veces en tu colonia la gente despertaba y las llaves no les escupían ni una gota de agua. Pronto tu mamá descubrió que esto no era exclusivo de su barrio, sino que todo el pueblo estaba viviendo algo parecido en diferentes días. A algunos les desaparecía el agua los miércoles, a otros los viernes, y el asunto se repitió durante una semana antes de que al presidente se le ocurriera volver a reunir a la gente en el kiosco del pueblo y explicarlo todo desde un megáfono.

Los ingenieros extranjeros no tuvieron éxito construyendo los dos pozos que necesitaban para alimentar todas las casas. Tan solo consiguieron uno, y el resto lo estaban recibiendo de una instalación de plomería que hicieron alrededor de un manantial subterráneo que abastecía a todo el pueblo.

Claro, el ayuntamiento les permitió hacerlo.

Recuerdas cómo todo el mundo comenzó a gritarle al presidente. Le mentaron la madre, quisieron acercarse para intimidarlo y exigirle que resolviera el problema. Pero alrededor del kiosco habían colocado policías estatales y cuando la gente comenzó a inquietarse los empujaron.

El presidente fingió una sonrisa y volvió a asegurarles que todo valdría la pena gracias a la inversión que los nuevos vecinos traerían al pueblo y a todos los nuevos proyectos que los ingenieros habían propuesto. Dijo que los mantendría informados, y luego bajó del kiosco.

Protegido por los policías, regresó al Palacio Municipal y apagó todas las luces visibles dentro. Recuerdas que fue la última vez que lo vieron salir. Cuando las cosas comenzaron a ponerse extrañas varios meses después, el presidente desaparecería en medio de la noche, eliminando cada rastro de él como si nunca hubiera existido.

En ese momento no lo sabían, claro. La gente estaba enfadada porque el agua estaba desapareciendo y querían resolverlo lo más pronto posible. Por todas las colonias buscaron a una persona que pudiera hablar un inglés decente. En una colonia no muy lejos de la tuya, hallaron a una mujer que antes de vivir en el pueblo estaba en la ciudad y trabajaba en una primaria bilingüe. Le pidieron que fuera algo así como la vocera del pueblo, y que fuera a las puertas de la gigantesca barda. Ella accedió.

Acompañada de un séquito de gente inconforme, la chica bilingüe llegó a las puertas y preguntó si podía hablar con alguien de administración. Una voz amable, casi de comercial, le respondió. Ella tradujo y se volteó para explicarle a la gente a su alrededor que la habían dejado pasar, pero solamente a ella, sin nadie más. La multitud protestó, temían que fueran a hacerle daño o que simplemente le dieran un tour para luego regresarla sin responder sus dudas. Ella soltó un suspiro profundo y les aseguró a todos que no se iría hasta obtener respuestas. Sin ganas, con sus dudas, la gente la dejó entrar. En su mano izquierda cargaba un papelito con todas las preguntas que te-

nían sus vecinos. Cuando volvieron a timbrar en el umbral de la barda, se abrió una puerta de metal.

Nadie salió a recibir a la chica, pero la voz de unas bocinas invisibles pareció darle indicaciones para encontrar el camino hacia la administración.

La multitud esperó afuera. Esperaban que pasaran minutos, o una hora cuando mucho, pero lentamente las horas cayeron con el sol y el pueblo que esperaba se redujo hasta que solo quedaron un puñado de personas. Tu madre y tú estaban entre los pocos que quedaban. A pesar de que te dijo muchas veces que volvieras a casa a hacer tus tareas, su mirada parecía perdida y distante, como si sus palabras quisieran decir algo que ni siquiera cruzaba por su mente. Te quedaste y ella pareció no darse cuenta. Tus ojos se habían inundado de una sensación de vacío cuando viste cómo se abrió la puerta la última vez. Necesitabas verlo de nuevo, alcanzar un mejor vistazo de lo que estaba del otro lado.

Dieron las ocho de la noche. Una pareja de ancianos estaba por retirarse cuando la puerta se volvió a abrir.

Salió la chica con una gran sonrisa en el rostro.

*Have a great week, ma'am!*

La voz sin cuerpo desapareció y el haz de luz de la puerta se esfumó detrás de la chica.

Todos se levantaron de sus asientos improvisados y rodearon a la muchacha, quien les mencionó un millar de veces que estaba bien y que sus anfitriones habían sido un deleite. Todos se vieron lo suficientemente aliviados como para preguntarle directamente qué le habían respondido. Ella se rió de una forma cristalina. Nadie se rió con ella.

Dijo que todos en el pueblo estaban siendo exagerados. Que los gringos tenían todo minuciosamente planeado para hacer un pozo nuevo y dejar en paz las reservas del pueblo.

También mencionó que estaba muy emocionada porque los extranjeros le mencionaron que construirían una nueva plaza.

"¿Se lo imaginan?, un gigantesco centro comercial con cristal justo aquí, en medio de nuestro pueblito".

La gente la ignoró, un señor insistió en preguntarle los detalles de las operaciones que iban a hacer para construir el pozo. La chica no respondía nada en concreto, seguía riendo. No se espanten, por eso nunca progresamos, porque todo el mundo se espanta.

Cuando los que la rodeaban comenzaron a desesperarse con su actitud, la chica se tranquilizó y les confesó que le habían ofrecido un trabajo como guía de turista. Le iban a pagar quinientos dólares por quedarse una semana en su casa. Estaba muy emocionada. Una maestra de kínder no suele hacer esa clase de dinero y ella lo necesitaba para saldar las deudas de su tarjeta y demás.

Una señora la acusó de ser una dejabajo y todos parecieron estar de acuerdo con su sentencia. Se marcharon para dejar sola a la chica, que pareció un poco triste, pero se recompuso con facilidad y marchó con paso alegre hasta su casa.

Tu mamá la maldijo durante el camino a casa. Mencionó mucho los quinientos dólares. Despotricaba contra la chica por dejarse vender, pero luego bajó la cabeza y murmuró algo como:

"Y yo que sí necesito ese dinero, a mí que me cuerne un toro, ¿verdad?"

A la semana aparecieron. Lo supiste porque era lo único de lo que hablaban los vecinos. Estacionaron un auto rojo de proporciones gigantescas afuera de la casita de la vecina, prácticamente ocupaba todo el espacio del frente. De ahí bajó una pareja joven, altos los dos, ambos atléticos y rubios como celebridades de película. No hablaban nada de español, pero

sonaban entusiasmados. Se partían a carcajadas con todas las frases que pronunciaba la chica.

Después de unos minutos subieron al auto y desaparecieron. No fue hasta que cayó la noche que volvieron a verlos. La maestra se tambaleaba, sus pisadas eran torpes y su mirada se notaba extraviada. Los vecinos suponen que estaba borracha, demasiado borracha y fue por esto que los gringos cuidadosamente la guiaron hasta la puerta y entraron con ella, como para asegurarse de que estaría bien.

El hijo de la maestra estaba con su madre ese día, por eso nadie se preocupó demasiado porque llegara tarde a casa, pero igual no es como que hablaran con amabilidad de ella. Muy por el contrario, se la comieron viva. Primero por dejabajo, y luego por borracha. Una vecina hasta sugirió que los gringos eran *swingers* y por eso habían ofrecido pagarle tanto.

Pasó la semana, todos los días aparecía la misma pareja frente a la casa. Se estacionaban, se partían de risa con los chistes de la mujer y luego se marchaban. Pero el hijo no siempre se quedaba con la abuela, de hecho, pasados los dos días de conocer a los gringos, el niño comenzó a irse con ellos en el auto.

Eso disolvió los rumores de que la pareja era de swingers, pero encendió aún más la idea de que la mujer era una mala madre. Eran comentarios de mala fe al principio, simplemente asumían porque en los pueblos se tiene esa costumbre de husmear todo lo ajeno. Pero después pareció como que los hechos les estuvieran otorgando la razón.

Aunque la maestra cargaba con su hijo solo por las tardes, dejó de llevarlo a la escuela. La mujer se veía aún peor cuando se acababa el día y bajaban del coche de los gringos. Al niño se le notaba más mareado que a su madre y en una ocasión hasta vomitó cerca de la entrada de su casa.

Los gringos, por supuesto, ayudaron a limpiar.

Después entraron a la casa con ella.

La semana terminó y los gringos le pagaron exactamente lo prometido. De hecho, fueron lo suficientemente encantadores como para regalarle una tableta por ninguna razón aparente más allá de que estaban agradecidos. Hubo muchos abrazos y besos, y la maestra les pidió que por favor volvieran lo más pronto posible. Según contó más tarde, ellos encantados. Le dijeron que volverían más pronto de lo que ella esperaba. Subieron en su auto, dieron la vuelta por la esquina y nunca más los volvieron a ver.

Durante semanas, la maestra no tuvo nada más que cosas buenas que decir de los gringos. Eran la gente más encantadora, más increíble, más maravillosa y amable con la que se hubiera topado en su vida.

Una vecina le preguntó por su hijo, pues había faltado mucho a la escuela. A la maestra no se le borró la sonrisa y dijo que el pobre tenía una infección en el estómago y no volvería pronto. Pero estaría bien. Nadie tenía que preocuparse tanto.

"Pero, ¿lo llevaste al médico?"

Una risa.

"John, es súper adorable, me regaló estos llaveros de Minnesota, ¿quieres verlos? "

Los niños pasaron durante tres días para preguntarle si podía salir a jugar su hijo, ella nunca contestaba que sí. Al cuarto, les pidió amablemente que no volvieran a preguntar. A algunos vecinos se les ocurrió preguntar durante un tiempo más, pero pronto le perdieron la pista, pues otra cosa sucedió en el pueblo, mucho más cerca de ti.

Ibas con Lupita de regreso a casa y de la gigantesca barda salió una camioneta verde neón. Casi los deja ciegos por cómo reflejaba el sol. Para tu sorpresa, en vez de irse para la calle

que daba al malecón, se dio la vuelta y siguió de frente, por el rumbo que guiaba hacia tu colonia. Una pareja de gringos se estacionó frente a una de las casas del barrio. Eran jóvenes, rubios también y sus facciones apenas cambiaban porque notaron que la chica tenía ojos verdes y no azules como la invitada de la maestra.

Bajaron del auto y, para su sorpresa, la mismísima chica bilingüe venía con ellos. Bajó con una gran sonrisa y los tres se posaron en frente de la casa para tocar la puerta.

Les abrió la señora Conchita, bastante extrañada, les preguntó qué sucedía. Emocionada, la maestra bilingüe le tomó una mano y le comentó que tenían una propuesta de trabajo para ella.

Detrás de las dos mujeres, la pareja de gringos las observaba, ambos agarrados de la mano. Se quedaron quietos. Conchita mencionó que no parpadeaban.

Dijo que tenía que pensarlo, estaba ocupada con su hijo pequeño y, aunque necesitaba el dinero, la verdad es que no sabía qué podía mostrarles a los gringos que no pudiera enseñarles la maestra.

Los gringos pronunciaron algo y la maestra asintió. Le dejó una tarjeta a Conchita, para comunicarse si cambiaba de opinión.

No sería la única casa que fueron a visitar. Aparecieron en diferentes barrios, con diferentes propuestas y diferentes parejas de gringos, pero la maestra siempre iba con ellos. A veces pedían a una señora de la limpieza, otras veces un guía de turista y algunas veces iban buscando a un traductor aunque la persona no supiera inglés. Decían que podían darles cursos gratis y que luego les pagarían por ser intérpretes. Lo curioso era que con todo y que las requerían para diferentes causas, las mujeres por lo general estaban solas y tenían hijos pequeños.

Hubo mujeres que aceptaron la oferta pasados unos pocos días. En el pueblo no había muchos negocios y sus trabajos de limpieza les pagaban apenas mil pesos a la semana. Obtener unos quinientos dólares por semana les caía como una especie de maná que les permitiría solventar sus deudas, quizás hasta mudarse de sus casas.

Las mujeres marcharon hacia la barda, casi todas llevaban a sus hijos consigo. El muro se cerró con el sonido hermético del aire desapareciendo, y ellas no volvieron a verse hasta el final del día, cuando regresaron tambaleándose de euforia con sus hijos mareados de la mano. Algunas personas lo hallaron extraño y quisieron volver a hablar con el presidente municipal, este siempre les daba largas, sus secretarias decían que estaba muy ocupado gestionando a la gente de la constructora extranjera. Pasaron semanas sin respuesta, y fue entonces cuando sucedió.

La empresa comenzó a gestionar las casetas que entraban y salían del pueblo.

Dijeron que era por prevención, que les estaban haciendo un servicio porque había una plaga en los plantíos de alrededor. También mencionaron que las gallinas se estaban enfermando de no sé qué virus y que, como estaban exportando mucho de otros países los extranjeros, tenían que asegurarse de que todo estuviera en buen estado.

Las pequeñas tiendas lo sintieron primero. Producto tras producto, todo fue desapareciendo de las estanterías y ninguno de los camiones con verduras, frutas y cajas alcanzaba a llegar a su destino para traerles repuesto.

Para cuando los vecinos cayeron en cuenta de que no se iba a detener y se les ocurrió ir a sacar al presidente de su torre, este ya había desaparecido. Ni un rastro de él, ni de su secretaria, ni de los policías, ni de su familia. Todos parecieron esfumarse como vapor ascendiendo hasta el cielo desnudo.

En el pueblo convocaron a una reunión de emergencia para elegir a un nuevo representante.

Nadie tenía claro cómo iba a suceder exactamente, ni a quién pondrían a cargo de la elección y la cuenta de votos. No fue hasta que la esposa de uno de los ejidatarios del maíz se levantó para poner orden y declarar que, dentro de dos días, votarían sin importar quién asistiera y quién no. Entonces fue como si un interruptor se encendiera en el pueblo. Algunos protestaron, pero a nadie se le ocurrió una mejor idea, así que accedieron. Después escucharon cómo la mujer subía por los peldaños que daban al kiosco y ahí, desde la altura, señalaba a quince mujeres aleatorias.

"Ellas cuentan los votos".

Las mujeres quisieron protestar, pero antes de que pudieran decir algo, ella alzó la voz.

"Quien quiera postularse, levante la mano. Mínimo tienen que ser dos".

A pesar de que todos escucharon su grito, nadie pareció convencerse de tomar la iniciativa.

No hasta que una mano solitaria se alzó en la multitud y comenzó a avanzar al frente.

La maestra bilingüe.

Unos le arrojaron insultos, algunas de las mujeres que trabajaban con los gringos le aplaudieron, pero ninguna expresión duró mucho porque la mujer del kiosco los silenció a todos.

"Tiene que haber alguien más".

Nadie se movió.

Ella los observó con desdén.

"Entonces me postulo yo".

La maestra sonrió con fuerza.

.....

La orden de la señora se cumplió. Las seleccionadas como contadoras se juntaron para recibir todos los papelitos en los que la gente apuntó el nombre de la nueva líder.

No muchas personas aparecieron, por lo menos a la mitad del pueblo le fue indiferente la supuesta votación que estaban llevando a cabo. Sin embargo, cuando tu mamá te llevó de la mano para depositar el papelito, observó con recelo al grupo de mujeres que estaba alrededor del kiosco junto a la maestra. Ya en casa, dijo entre dientes un insulto. Que seguramente le habían vendido el culo a los extranjeros. Que si eran unas traidoras.

Tú no entendiste el desdén de tu mamá hasta unas semanas después, pero tampoco te sorprendió cuando llegó la mañana siguiente y avisaron que la ganadora por una aplastante mayoría había sido la profesora.

.....

Fue dos semanas después de la votación.

Ibas saliendo con Lupe rumbo a tu casa y viste como un auto brillante salía de la barda y recorría el camino hacia tu barrio. Un par de cuadras más adelante te despediste y volteaste hacia la entrada de tu casa.

Estaban ahí.

El coche estacionado. La maestra bajando del auto y la pareja joven de extranjeros.

Te divisaron en la distancia.

Ella te sonrió de un modo extraño. Había algo que no supiste nombrar. Parecía como si su cara no tuviera músculo alguno y la sonrisa hubiera sido dibujada por encima de la piel, como si fuera un parche.

No esperaron a que estuvieras cerca para tocar. Tu madre les abrió y al verlos, su expresión relajada se tensó de un modo que sólo tú conocías.

Con delicadeza, ella le tocó el brazo a tu madre y le presentó a la pareja inmóvil de gringos. Solo hasta que los tenías de frente caíste en cuenta de lo inmensos que eran, de piernas largas y manos demasiado anchas. Uno de los dos, el hombre, cruzó la mirada contigo, dejó fijos los ojos. No tuvo ninguna reacción, era como si te viera sin distinguirte, como si tu presencia apenas importara.

Entonces alzó lentamente una de sus manos y se tocó el rostro. Con la punta de sus dedos empujó la piel de su mejilla hacia arriba y luego apretó un botón invisible. Se soltó el rostro, bajó la mano.

Se quedó sonriendo.

Su mirada fija. Sus dientes tan blancos que te ardían en la vista.

La maestra le dijo a tu madre que tenía una oferta especial para ella, que Mark y Helena eran nuevos en la ciudad y estarían encantados de que alguien les diera un tour por los alrededores. Por un par de semanas le pagarían unos mil dólares, más si les parecía que ella había hecho un trabajo excepcional.

Tu mamá negó con la cabeza y mencionó que ni siquiera podía hablar inglés.

La maestra hizo un ademán como si espantara moscas y dijo que ella le podía ayudar con lo básico para que no se perdiera en la conversación.

Tu mamá le preguntó si no estaba muy ocupada con la gestión del pueblo.

La maestra se rió.

Hubo un silencio.

Sin decir una palabra, la extranjera, Helena, le extendió una tarjetita blanca con un número de teléfono.

La pareja le asintió con sus sonrisas de plástico y subieron al auto.

"Piénsalo". La maestra se marchó con ellos. Dieron un acelerón y desaparecieron de su vista. Tu mamá te hizo un gesto y te abrazó con fuerza.

"Puta loca". Cuando entraron a casa tiró el número al bote de basura.

.....

Pasaron dos días. A tu casa llegó una llamada. Cuando tu mamá contestó, viste que su expresión parecía romper su rostro en mil pedazos.

Tuviste una sensación entonces. Como si tu cuerpo fuera un pozo que se abriera, vértigo de un piso que parecía no terminarse nunca.

Ella aguantó la respiración, colgó la llamada. Te explicó con un hilo de voz que la habían despedido de su trabajo. No tenían suplementos para continuar el taller de zapatos, hacía semanas que no pasaban el borde y ellos no podían mantener el negocio a flote.

Se fue a su cuarto, se encerró y te agazapaste detrás de la puerta para oírla llorar.

El vértigo se extendió a todas las partes de tu cuerpo. No podías estar en casa, las paredes se cerraban y el piso se abría.

Quisiste salir.

Te pellizcaste los brazos. Jalaste tu cabello.

Huye. Huye. Huye.

Corriste hacia la puerta.

Tus pulmones se sentían heridos por todo el aire que se colaba en ellos. Atravesaste cuadras y cuadras de piso que parecía disolverse bajo tus pies hasta que no pudiste respirar.

Estabas en medio de una calle. A tu alrededor las casas parecían desiertas por el completo silencio que las envolvía. Estaban a unos minutos del anochecer. Debería haber niños corriendo, partidos de fútbol, el sonido de patear botellas.

Debería haber señoras platicando en un círculo frente a alguna puerta, se tendría que oler a través de la ventana que alguien preparaba una cena o el ruido lejano de un televisor. Sin embargo, no había nada. Solo la calle infinita, desapareciendo en la oscuridad que se acercaba.

Pusiste un pie delante del otro y avanzaste con lentitud. Con cada paso que dabas era como una confirmación de que ya nadie vivía en ese barrio, más porque no encontrabas ninguna luz encendida. Llegaste al final de la calle. Hubo una sensación que trepó por tu vientre y se estrelló contra tu espina.

Uno de los carros de color brillante estaba estacionado en la esquina.

No había rastro de la maestra o de la pareja que probablemente era dueña del coche, pero igual sentiste una tensión por tu cuerpo que no pudiste explicar.

Te acercaste y no te cupo duda de que les pertenecía a ellos, pero no te pareció lógico. Los gringos no aparecían a estas horas para buscar personal o al menos nunca antes lo habían hecho.

Al lado de ti se escuchó un cristal rompiéndose. Alguien se ahogaba y luego el ruido de una garganta que se abre y vomita.

Corriste detrás del carro, hiciste tu cuerpo muy pequeño porque se te ocurrió que una persona saldría de la esquina tambaleándose.

Pasaron unos segundos y nadie se apareció, pero el sonido persistía. Una persona vomitaba y tomaba bocanadas de aire gigantescas para luego seguir y seguir vomitando. Había gemidos de dolor, repicaban por la calle, se hacían fuertes, y luego el ruido de una garganta contrayéndose y líquido chocando por el piso.

Fue entonces que caíste en cuenta de que había una luz encendida en uno de los cuartos de atrás, cercano al diminuto patio trasero de la casa.

Saliste de tu escondite y avanzaste hacia el hilo de luz. El sonido se hacía más fuerte. Había una ventana un poco más alta que tú, encima de una barda. Si podías subirla, alcanzarías a ver.

Diste un brinco pero no pudiste alzarte para subir. Encontraste unas cajas de frutas y quisiste subir de nuevo. Quedabas corto. Diste un brinco, te impulsaste hacia adelante para quedar arriba de la barda.

Un golpe detrás de la ventana. Seco, pesado, como un cuerpo cayendo sin nada que lo detenga.

Bajaste la cabeza. Pasaron unos cuantos segundos y ningún ruido alcanzaba a distinguirse.

Por encima de los ladrillos, tu mirada alcanzó a ver la imagen detrás de la ventana. La cortina era delgada, blanca al punto de ser casi transparente, pero la luz hacía un juego extraño y apenas alcanzabas a distinguir las figuras, como sombras con pequeños destellos.

Había tres personas, dos altas, una más pequeña y todas tenían la cabeza baja. Observaban al mismo punto en el piso, una mancha gigantesca que parecía moverse.

El ahogo volvió a suceder. Una mano se alzó, era pequeña, cerraba y abría los dedos, como pidiendo ayuda mientras tomaba bocanadas de aire. El brazo de la mancha se extendió hacia una de las sombras.

La patearon.

Volvió a caer.

El sonido de una garganta cerrándose.

El silencio absoluto.

Durante una eternidad nadie pareció moverse.

Entonces, el llanto.

No un sollozo, sino más bien como un grito, una bocanada de aire.

El primer grito de un bebé.

Una de las sombras, no la que pateó la mano, sino una de las que estaban a su lado, se inclinó hacia el frente. Se puso en cuclillas. En medio de la mancha gigantesca sacó a un bebé. Se revolvía, gritaba con nueva vida.

La figura solitaria a tu derecha se agachó y agarró algo de en medio de la mancha y comenzó a arrastrarlo hacia el patio. Las otras dos sombras se fueron al lado contrario. Entraste en pánico cuando caíste en cuenta: iban a descubrirte.

Bajaste del muro y escondiste tu cuerpo entero detrás de los ladrillos, con terror sentiste la vibración de los pasos acercarse.

Detrás de la pared estaba el esfuerzo, alguien cargaba algo y luego lo dejaba caer con el mismo golpe seco que sentiste antes.

Cerraron la puerta.

A unos pasos de ti se escuchó como arrancaban el carro y se marchaban a toda velocidad con un chirrido.

Te levantaste y por encima del muro, divisaste el piso del patio.

La luz de la ventana caía sobre un cadáver. El cuerpo de un niño, sus ojos gigantes y abiertos, su ropa ensangrentada.

Su boca estaba desgarrada, la mitad de su cara colgaba sobre su pecho.

Cerraste los ojos con fuerza y te cubriste la boca. Querías gritar, pero en vez de eso tuviste el terror suficiente como para bajar de un brinco y salir corriendo, tan rápido que el pavimento debajo de ti se hizo un borrón.

Cuando llegaste a casa, la puerta de tu mamá seguía cerrada. No podías con el peso de tu cuerpo, el aliento no era suficiente como para cargarte, pero seguiste dando paso tras paso intentando llegar.

En tus pantalones sentiste líquido corriendo. Diste un jadeo y palpaste la puerta.

La cara del niño brincó detrás de tu cabeza.

Todo después es negro.

.....

A la mañana siguiente tu madre se enfadó. Pensó que quizás te orinaste encima y que por eso quisiste tocar la puerta. Te dijo que ya estabas grande, que de por sí tenía muchos problemas como para que le hicieras esto.

Quisiste decirle lo que viste pero no salió nada, solo vomitaste al recordar la imagen.

Tu mamá se espantó, pero ya no era por molestia sino por preocupación. Decidió que lo mejor sería que te quedaras en casa y brincaras ese día de escuela en lo que lavaban la ropa y le daba tiempo de averiguar si vomitabas más.

Mientras tu mamá estaba en el patio tendiendo, escuchaste que llamaba a alguien por teléfono. Recostado en tu cama no pudiste distinguir muy bien las palabras, sin embargo, el mismo escalofrío de antes te dio un calambre en el estómago. Volviste a dormir hasta que te despertó el sonido del timbre.

Eran las once de la mañana, al menos eso creíste por cómo caía el sol por el piso de tu cuarto.

Escuchaste los pasos de tu mamá avanzar por el pasillo hasta abrir la puerta.

Varios pasos entraron coordinados por el umbral.

*Thank you so much, for accepting our proposal, we´re very honoured.*

Una mujer se rió.

"Dicen que están muy honrados porque quieres trabajar con ellos".

Luego, la voz de tu mamá. "No pues, gracias a ustedes".

Unos segundos pasaron y tu mamá te llamó por nombre, te pidió que fueras con ella. Todo tu cuerpo gritaba que debías quedarte quieto. No, que debías huir. Que deberías salir

corriendo. Antes de que pudieras hacer algo, tu mamá se posó en el umbral de la puerta. Detrás de ella, dos figuras a oscuras y la maestra a su lado.

"¿Todavía te sientes muy mal?"

Estabas paralizado, tus ojos muy abiertos.

"Perdón, es que quería presentarte a los señores, mencionaron que querían saber de ti" dijo tu mamá, volteó a ver a la maestra y ella asintió con una sonrisa.

Tu mamá entró y todos la siguieron de cerca.

Era la misma pareja de gringos, sonrientes. Tu mamá te presentó y dijo que estabas enfermo. Ellos te hicieron un pequeño saludo con la mano.

"A Mark y a Helena les gustan mucho los niños, ¿sabe? Si se tiene que recuperar quizás podría acompañarlos en el recorrido".

El sudor de tu cuerpo comenzó a inundar la almohada.

"No suena a mala idea".

La maestra sonrió, luego señaló la puerta otra vez.

"Si quiere podemos checar el contrato que le dije, lo dejé en la mesa del comedor para que lo revisemos todos juntos, ¿le parece?".

Tu mamá dijo que sí. Todos comenzaron a caminar hasta cruzar el umbral y perderse. La mujer de la pareja extranjera se quedó atrás.

Volteó su cabeza hacia ti, casi completa, como si fuera un búho.

Avanzó hasta tu cama y se detuvo.

De su bolsillo sacó un dulce empacado en papel celofán, lo colocó en tu mano.

Se inclinó para darte un beso en la mejilla.

*You'll get well soon.*

Y se levantó.

## La sombra en el espejo

—¿No estás feliz? Serás hermana mayor.

Tan pronto como aquellas palabras salieron de su madre, Anri regresó en silencio a su habitación. Cerró la puerta con seguro y arrastró su mesa de noche hasta colocarla enfrente, tapando la entrada. Aun así, seguía escuchando al fastidioso de su padrastro arremeter contra ella, pero le sería imposible entrar. Tanto a él como a las sombras.

Todo comenzó por la mancha oscura en la esquina del espejo.

Cuando Anri y su madre se mudaron a aquel lugar donde no había nada que le perteneciera, su padrastro le asignó la habitación más alejada del segundo piso, donde aún se almacenaban algunas antigüedades. Entre ellas, un espejo cubierto por una manta blanca. Al verlo, sintió la necesidad de limpiarlo, pero por más que lo frotara con la manga de su suéter, el borrón permanecía intacto. Como burlándose de ella, recordándole que él sí tenía un lugar al que pertenecer.

Cuando se cansó de frotar, se dejó caer frente al espejo. La tela de su suéter estaba empapada en un mar grisáceo debido al esfuerzo, pero la mancha no había cambiado ni un poco. Parecía incluso haber crecido, ocultando parte de su rostro. Y se quedó en un impoluto silencio mientras observaba su reflejo. Justo como ahora, que solo veía la puerta siendo golpeada. Sentada en la misma posición, con los ojos clavados en la madera y un nudo en la garganta.

—¿Qué te hicieron ahora?

Su reflejo se encontraba con la misma ropa y expresión agotada, además de unos ojos completamente oscuros, obser-

vándola sin parpadear. Anri no respondió. Se recostó contra la pared, dejándose envolver por un sudor frío.

Las primeras semanas en esa casa rozaron lo insoportable. El tipo de incomodidad sutil y persistente, que por más que lo intentes digerir, termina por arraigarse bajo la piel como un parásito. Había algo en la mera existencia de su padrastro que le provocaba escalofríos. Por más amable que se mostrara, Anri no soportaba tenerlo cerca. Sentía que de su boca emanaba un hedor nauseabundo, como si en sus entrañas albergara miles de gusanos podridos.

Y lo peor era pensar que ese veneno ya había alcanzado a su madre.

No quería acabar como ella, con esa sonrisa de plástico y esa risa hueca, cada vez más patética, como si se esforzara por representar el papel de esposa perfecta. Anri no soportaba esa imagen. Le provocaba una repulsión tan profunda que a veces creía ver sombras agazapadas tras las paredes, llamándola a unirse a esa burbuja de felicidad asfixiante. Por eso, en cuanto tuvo la oportunidad, comenzó a explorar la casa como si estuviera en la búsqueda de un tesoro. Necesitaba un escondite, un lugar que estuviera fuera del alcance de esas sombras. Un lugar donde, aunque fuera por unas horas, pudiera dejar de sentirse observada.

—Van a tener un hijo…

—Eso es muy cruel… ¿crees que te quieran reemplazar?

Las palabras se le quedaron atascadas en la lengua. Porque, por más que intentaba negarlo, aún existía una parte de ella que creía que todo era un mal sueño. Uno horrible, sí, pero un sueño al fin y al cabo.

Una mano cálida y reconfortante acarició su cabello con suaves palmaditas, como si intentara calmarla. Y aunque invisible, algo se recostaba sobre su hombro. Alzó la mirada de

reojo hacia el espejo. Ella estaba recostada en la misma posición, inmóvil y con el eterno vacío en sus ojos, sonriéndole. No sintió miedo. Nada de eso. Cerró los párpados sin darse cuenta, envuelta por la extraña calidez que la mecía en silencio.

Por un tiempo, la biblioteca se convirtió en su refugio. Solo de Anri, y para Anri. Sin embargo, fue cuestión de nada para que las sombras la encontraran como sabuesos infernales, saboreando su miedo e incertidumbre. Comenzaron a deslizarse por los marcos de las puertas, a golpear las ventanas y a rozarle los talones cada vez que se atrevía a caminar por los pasillos. Y entonces no tuvo otra opción más que atrincherarse en su cuarto, poniendo sillas contra la puerta, incluso si era pleno medio día.

Solo salía si era absolutamente necesario. De la escuela iba directo a su habitación y viceversa, siempre con la guardia en alto, apretando su mandíbula hasta hacerse sangrar las encías.

Hasta que su cumpleaños llegó, y no tuvo más remedio que soplar las velas de un empalagoso pastel de chocolate, vigilada por un centenar de sonrisas cuya procedencia desconocía. Las felicitaciones se disolvieron en el aire; más atenta a los movimientos de la manecilla del reloj, con el corazón latiendo frenético.

Apenas el reloj indicó las seis de la tarde, Anri soltó el tenedor clavado en el pastel a medio comer y se escabulló entre las personas. Subió las escaleras de dos en dos, intentando ignorar el eco de las risas que le erizaban los vellos de la nuca. Cuando llegó a su cuarto, cerró la puerta de golpe y atrancó la manija con el buró de madera que ya tenía preparado.

Dejó que sus piernas cedieran y cayó al suelo de rodillas, con la respiración agitada y las manos temblorosas. Incluso en ese estado, logró arrastrarse a gatas hasta la cama y recostó la cabeza, mientras el miedo le recorría su cuerpo entre sudores temblorosos.

Las sombras se estaban acercando. Podía sentirlas. El pasillo temblaba cada que ellas corrían para golpear su puerta sin descanso hasta el amanecer. Un sollozo nació desde lo más profundo y Anri mordió las sábanas, intentando contenerlo, porque sentía que el mínimo ruido podía invocar algo peor. Sentía las manos oscuras colarse por debajo de la puerta, hurgando, tanteando, arañando la madera y el suelo con ansias.

Y justo cuando creyó que no podría soportarlo más, la escuchó.

—No pueden entrar, no temas.

La voz provenía del espejo.

Soltó las sábanas de golpe y alzó la mirada. Ella la observaba desde el cristal. Casi como gemelas: similares en cada rasgo, cada gesto. Salvo por la sonrisa y los ojos.

Esos ojos completamente negros, tan profundos y brillantes como una joya olvidada en la oscuridad. Era imposible distinguir sus pupilas, pero parecían mirar a través de Anri.

—Tú…

—No pueden entrar. Tú eres fuerte, Anri… somos fuertes.

Por más simples que hubieran sido aquellas palabras, la opresión que estrujaba en lo más profundo de su alma comenzó a desvanecerse, como si alguien se hubiera zambullido en el océano de tinieblas para arrancarla de los brazos del vacío.

El silencio volvió, espeso y tibio, como si estuviera intentando entrar en calor. Anri sintió que finalmente podía respirar. Aún en el suelo, se dejó caer de lado, con la frente pegada entre la alfombra y los azulejos. Su reflejo en ningún momento parpadeó.

—Descansa. Aquí estás completamente segura.

Sus ojos comenzaron a cerrarse, envuelta por el tono aterciopelado que la arrullaba hasta el mundo de los sueños, y por esa calidez invisible que la arropaba, acariciándole el cabello

con una ternura que no había experimentado en carne viva en meses. Quizás años.

—Estoy cansada. ¿Te quedarás conmigo?

—Siempre. Tú duerme tranquila, mañana será un mejor día.

Los golpes en la puerta cesaron. También las súplicas desde el otro lado, pidiéndole que hablara, que la dejará entrar. Una especie de recuerdo le recorrió la piel: aquellas dulces promesas ya las había escuchado antes. La primera vez que vio a la otra Anri reflejada en el espejo, le susurró exactamente lo mismo. Y lo cumplió.

Desde entonces, las voces del mundo exterior se fueron apagando, así como las apariciones fortuitas de la oscuridad y el terror que le inundaba el corazón. Todo reemplazado por el afecto silencioso que ella le ofrecía. Siempre atenta. Siempre presente.

Cuando despertó, el frío le caló los huesos. El espejo se encontraba cubierto por completo con la manta blanca. Intentó acercarse, pero mientras más sentía que estaba por tocarlo, más parecía alejarse. Entonces escuchó voces a lo lejos, apenas un murmullo, y una puerta se cerró de golpe a sus espaldas.

## El charco

El primero que cruzó, llegó sin cabeza. Me acuerdo bien clarito. Aquí pegado al cráneo lo tengo. Yo creo que cuando me muera, va a ser lo último que vea. Entre tanto gobierno y mentiras, afuera de la frontera han de andar viviendo una vida de ignorancia. Porque esos somos: unos ignorantes. Lo que nos espera, lo que viene.

Todavía pienso cuando me chapoteaban en el río de huerco. Hasta hubo gente que perdió la virginidad ahí: mi prima la Graciela era de esas sinvergüenzas. Le metieron una santa regañada que, yo creo, la dejó un buen rato sin nalgas para sentarse. Tuvo que haber sido eso lo que le selló la muerte. Ese río se ofendió por su indecencia y por eso, ahora la Graciela nomás existe en cenizas.

No sé cómo empezó todo, la mera verdad. Yo andaba en el CERESO, asalté a un gringo y terminó con un navajazo. No lo maté, pero me encerraron que por intentar. Se me fueron los años ahí, y entre murmuros agudos de los guardias, zumbaban palabras de gente incompleta. Que no sabíamos cómo habían cambiado las cosas. Quién sabe qué dirían.

El día que terminé con mis años ahí adentro, sentí que el desierto me había tragado y escupido en un lugar paralelo. Como si la cárcel de repente se moviera de lugar con todos adentro y me soltaran en unas tierras punzantes, con un olor a quemado y perro mojado que no te dejaba en paz. Me percudió la ropa. El CERESO estaba bien lejos de todo y le camine, no tenía donde quedarme; mis apas vivos ya no estaban, y mi hermana ni la cara me quería ver. No supe como pude regresar. A lo mejor se me hacían familiares los árboles muertos. Yo creo que

de tanto parar el oído con los guardias, mis zapatos me llevaron solos al río. Pinche error.

Ya era noche, la gente no se acercaba. Antes se cruzaban con lo oscuro: se trepaban a una llanta y el coyote los llevaba del otro lado, tirando de una soga en sus espaldas.

Una señora que recogía chatarra me advirtió:

—No cruces mijo, ya no hay nada allá.

Busqué un coyote, le pagué con lo que escondí antes de que me agarraran, y le prometí mandar más dinero desde el otro lado si me cruzaba. Me dijo que ni hacía falta, que ese negocio ya estaba muriéndose junto con la ciudad.

Lo taché de loco, yo nomás de ciego; nunca entendí nada hasta que estuve parado en ese perro río y no vi a nadie del otro lado. Ni una sola patrulla. El Coyote zumbó que no hiciéramos ni un ruido, que nos fuéramos por abajo del agua y nada de aletear ni chapotear. Nos metimos todos de poquito a poquito. El frío me perforó los pies, dejé de sentir las piedras encajadas en los zapatos. Ese frío me vació los músculos y sentía cómo me robaba el aire. Los que tenía al lado me arrebasaron. Vi a muchos adelante, dejándome atrás como si no valiera la pena voltear. Nunca le dije al Coyote que no sabía nadar bien y la verdad, yo creo que lo hice porque me quería morir ahogado.

Entre más hondo se hacía, menos podía seguir para adelante. El tramo no era angosto, pero sí hondo. Las siluetas se alejaban; nunca vi bien, se me borraban las caras y nomás veía manchas iluminadas por la linterna. Algo se movió cerca de nosotros, me resbalé. El Coyote nos hizo señas con la linterna y nos quedamos quietos. Uno susurró que eran los gringos. El de mero adelante ya estaba cerca de la orilla y le siguió. Un grito clamó que nos dejáramos de mover. La chamaca de enfrente se asustó, tensó el agua en un intento de salir rápido y una cosa, algo que no tiene forma más que de oscuridad, la despedazó

como si estuviera hecha de ramas secas y tierra. Se la tragó con todo y huesos. Le destruyó los huesos. Escuché gritos: el agua se convirtió en chapoteos incesantes. Un hombro chocó con lo que sea que quedaba de balance en mí. Me caí.

El frío me inundó la garganta. Entre puro desespero levantaba la cabeza del agua, y veía cómo se los comía. Me rendí. El Coyote me sacó de los muertos, desperté tirado en un parque. Ese día las noticias estaban llenas de reportajes sobre pedazos de cuerpo flotando en el río. Los del perro gobierno se tardaron semanas en hacer un comunicado. Les mintieron a todos. Que hubo un enfrentamiento y los del cartel aventaron los cuerpos. Se llenan de palabras regurgitadas en el pico, como si fueran pájaros esperando que les den de comer. Así todos. Que hay que estar tranquilos porque el gobierno para eso está, para protegernos.

Nunca volvió a salir nada del río en las noticias, pero uno que está aquí, sabe que pasa. Ya hay una cerca de este lado para evitar basura en el agua, según. Ni eso evita que te llegue el olor. Ese olor a carne descompuesta que nos llega a las tuberías: en invierno, tienes que hervir el agua si no quieres oler a sangre seca.

Aunque no lo niego, ya se calmó la cosa. Al menos los de acá ya no nos cruzamos. En otros lados siguen brincando el charco porque no les ha llegado el olor a carne muerta. Los que vienen de lejos y se cruzan sin saber, acaban muertos.

Si encuentran lo que queda de sus cuerpos en el río, hacen una reunión del pueblo. Ahí no puedes meter nada, te esculcan para que no guardes evidencia, y hablan, y hablan: trajeados que viven en las afueras, corruptos que nomás cruzan para este lado cuando se lo piden los gringos, o los pinches azules vendidos, con puras mentiras y palabras zumbantes. Todos repiten similitudes "algo para asegurar nuestra seguridad". Dicen que el bienestar propio depende de quedarnos en nuestro lado del charco.

## Azno

—Soy tu esposo.

La miraba mientras sorbía una cucharada del espeso caldo. Una sonrisa permitía que sus nuevas carillas se asomaran: white bone. Él nos aseguraba que se veía natural aunque no lo fuera, que era un color sucio pero limpio.

—Pues qué horror —dijo ella cuando terminó de aspirar la cuchara.

Su cara no reflejaba una sonrisa o expresión alguna; siempre había sido así. Pocas veces se dignaba a verme y hoy no fue la excepción. Levantó otra cucharada del caldo.

Él seguía sonriendo y parecía que no iba a parar, hasta que le vi un gigantesco trozo de cilantro que se había quedado atrapado entre sus carillas. En el momento que se lo dije, intentó removerlo con la lengua, pero nada. Otra vez volvió a intentar, esta vez con más fuerza.

Nada.

Gotitas de saliva con caldo salpicaron y el mantel comenzó a absorberlo para revelar el plástico de la mesa. Al no tener éxito, trató con los dedos: primero con la uña del índice, pero en el esfuerzo solo arrancaba trocitos y una fina capa amarilla. Al final, se terminó hartando de probar con un solo dedo y su otro índice se unió a la batalla.

—Chingado, no se quiere salir esta pendejada —. Creí escucharle decir con ambos dedos rascando su dentadura. Los palillos habían dejado de ser una opción desde que nadie viene a limpiar la cocina.

**Pop.**

**Plof.**

—No puede ser que se me rompió esta chingadera.

Se revolcaba la lengua con rabia sobre el espacio que dejó la carilla. El verdadero diente se descubrió como un amarillo verdoso en contraste a las carillas. Daba la impresión de que algo de lama o moho estaba creciendo.

—Ay, Roberto, qué asco —. La carilla flotaba, mezclándose con las verduras y otros trozos de cilantro.

—Ve y tira esa porquería o quítala, o yo qué chingados sé, pero sácala ya—. Se llevó la mano a la boca — ¡Pero ya! —dijo soltando una arcada.

—No es para tanto, mujer —. Tomó la carilla con su cuchara, colocándola en la servilleta húmeda manchada de color naranja vibrante.

—Y tú no seas princesa, ya ponte a tragar.

La comida continuó sin más asuntos. Ni una sola palabra, el único sonido fue el Rolex plateado.

**Tik-tak.**

Al terminar el caldo, me levanté. Usualmente, Él, me pone una chinga si se me olvida llevar mi plato al fregadero, pero como hoy estaba más encabronado con su carilla despegada, ni se dio cuenta de que lo dejé ahí en la mesa. Me acosté en el sillón y prendí la tele.

Todos los días se trataba de lo mismo. Pocas veces había algo que hacer, ya que nos la pasábamos mayormente en casa. Lo único distinto fue que, Él, hizo chingos de llamadas a la dentista para que le volvieran a pegar sus carillas, además de gritar una y otra vez que debían de arreglarle la chingadera que le pusieron. Decía que cómo era posible que se haya roto una semana después de que se las hayan puesto; decía que no se hicieran pendejos; decía que en un rato iba a verlos, que a ver si muchos huevos. Colgó y empezó a llamar a unos güeyes para ver si le tiraban paro.

—¡Eugenia! — Se guardaba una fusca en la cintura y la escondía con la polo— ¡Voy a que me arreglen esta chingadera, vuelvo al rato!

Ella no le contestó.

—Mijo, cuide a su mamá —y tan pronto como terminó su frase, se acercó para darme un beso en la frente y persinarme. Tomó las llaves y su cuerpo de gorila se montó en la troca, arrancándola en chinga.

La tele terminó por aburrirme. Me fui sin apagarla, intentando dar a la casa un ruido: hacerla sentir más viva. Subir los escalones se sentía como si respirara con una toalla pesada y húmeda encima de la cara.

—Diario se matan… es que vivo donde diario se matan—. Frotaba sus ojos con una mano, índice y pulgar se restregaban sobre el sombreado púrpura. Ligeras manchas ensuciaban ambos dedos. Se detuvo un segundo al verme y cerró la puerta del cuarto. El seguro vino después.

**Click.**

Sonidos suaves de quejas le acompañaron, no se distinguía nada de lo que decía. Al girar la cabeza, la puerta de mi cueva estaba abierta: su olor mezclado entre sudor, desodorante, encerrado y pies. Siguiendo el ejemplo de ella, cerré la puerta, no sin antes despedirme en silencio del placentero ruido de la televisión.

La cueva se ha cerrado.

Las ventanas, como de costumbre, estaban cerradas y abarrotadas. Él no permite que se abran. Se hace por seguridad y para que no anden chismeando.

Prendí la grabadora y puse uno de los cd's que algún pariente tuvo que haberme regalado. El ruido metálico comenzaba a infectar el aire, ensuciando mis oídos. La otra pateó mi puerta y me gritoneó a la par que lanzaba, con una puntería

culera, un desodorante para que le bajara a mi desvergue. No valía la pena reclamarle. Apagué la grabadora. Se marchó sin cerrar la puerta y azotó la suya en protesta. Que chingue su madre. Cerré la puerta.

**Clack.**

Miré el espejo; está colgado de un clavo y es sostenido por un mecate que tiembla cada vez que Él llega o sale para el jale. Se encontraba sucio, pero seguía dejando ver a ese morro viviente que inhalaba una y otra vez, admirando sus costillas casi unidas a la piel. Uno que viste fajo LV, mezclilla Calvin Klein y unos Adidas negros embarrados de tierra.

Ahí el instinto animal de la cueva llama al AZNO.

Me agacho para sacarla debajo de mi cama. Está escondida entre unas cajas de Adidas, Nike y LV. Busco el tacto del plástico, donde el índice es quien primero lo siente para ser seguido por todos los dedos. Lo arrastran hacia la bestia que soy yo. Al encenderse, su motor genera un ruido espantoso, y deja mostrar en su pantalla un único perfil: AZNO.

Un clic para iniciar sesión, otro para el Feis, y otro para el grupo. Hay un registro de veintiséis notificaciones nuevas. El_pantera. No_te_duermas_Morena. Ghost_Rider. Los_amo_padres. Cartel_ Chainsawman. Links que dan acceso a folders, aunque muchas de ellas repetidas, ya que últimamente no pasan nuevas aportaciones y eso es una tristeza.

Mi primera aportación, Él, degollando a un moreno flacucho. La calidad era culera, pero le gustó a buena parte de los miembros. Todo lo que subía estaba guardado en estuches de cd's escondidos en su cuarto, era cuestión de entrar cuando Él salía. Después los quemaba y los subía al grupo.

Mi aportación más famosa fue una donde, Él, corta la cara de un federal con una navaja oxidada. El puerco berreaba y chillaba, pero lo que encantó fue cuando trajeron un fierro

de grado militar. Se necesitaron dos hombres para montarlo y calibrarlo para disparar, y otros dos pusieron de pie lo que quedaba del federal para sentarlo en una silla de plástico, y entre las risas y regaños para apurarse, uno le colocó unos lentes de sol para animar la condena.

Sin señal, un polvo rojo se esparció por todo el espacio. Su cabeza fue desintegrada y los lentes de sol fueron disparados de manera cómica hacia arriba, cayendo poco después sin recibir mucho daño. Incluso tuvo gracia la forma en que cayó el cuerpo. La fuerza que empujó el cuerpo le otorgó vida para darnos un momentáneo baile. Los brazos se extendían hasta un límite fascinante mientras que sus manos giraban. Los muslos se tensaban y las rodillas se doblaban para dejar caer el peso del torso. Era un movimiento animalesco y provocativo, como un rito de apareamiento. Repetí el video hasta el hartazgo para estudiar la bella composición de todo el momento.

El espejo comenzaba a temblar. La señal para ocultar al AZNO, la señal de seguir fingiendo ser Bernardo. Deslizo la máquina con el pie por debajo de la cama, las cajas de zapato se mueven y chocan unas con otras, armonizando brevemente el cuarto.

Algún día, será mi turno de grabar.

Uno con Él.

Con mejor calidad, quizás.

## Cuando abro la puerta

*Escucho mis palabras*
*atraviesan todo el ramajal*
*le pertenecen al viento*
*que las lleva a los árboles que germinarán mañana.*

Recojo los duraznos que están caídos, algunos están escondidos entre el zacate. Toco el suelo para no dejar ninguno olvidado ahí, y también arranco los de las ramas más bajas. Camino alrededor de los árboles para asegurarme de no dejar ningún durazno. Y, antes de bajar, observo hacia afuera del límite del corral. Allá también hay árboles de durazno. Me permito intentar adivinar cuáles y cuántos duraznos de aquellos árboles rodaron hasta el pedazo de suelo que estoy pisando, cómo habrán logrado crecer tanto aquellos árboles. Aparto mi idea de querer saber más y bajo hasta la parte plana del corral, donde está la casa.

Bajo lentamente el camino empinado, abriendo camino entre el zacate alto mientras paso entre ramas, dejando que sus hojas me acaricien el rostro, el cuello, los hombros y el torso. Entierro los dedos de mis pies con cada paso, que, en ocasiones, se hunden en lodo. Muerdo las hojas verdes, me baño con las hojas secas, me corto con las ramas y mastico el lodo más suave. Saboreo la naturaleza antes de entrar a la casa.

Atravieso la puerta, dejo la cubeta llena de duraznos en la mesa con mantel verde e imágenes de manzanas. Mi abuela me pregunta por qué siempre llego llena de tierra cuando salgo al corral. Es que me caigo o me tropiezo con piedras o choco con las ramas, es lo que siempre le respondo. Porque si dijera

la verdad, me llevarían a la iglesia, y no me gusta entrar ahí. Porque si les dijera que quiero caminar por los cerros, que me salga corteza y echar raíces lejos de los corrales para expandirme por la tierra y sentir a través del lodo; tal vez, mi mamá y mi abuela quisieran que nadie supiera sobre mí, sobre mis deseos. Porque nadie habla de deseos, nadie quiere escuchar sobre deseos. Porque son malos, dicen que son malos.

Mi mamá se acerca a la cubeta, luego me observa. Ya sabía yo, que desde que te caíste del árbol al que te trepaste el mes pasado, que algo había quedado mal, porque no se te quebró nada, solo las manos se te voltearon. Me dice mientras vuelve a la hornilla para seguir cocinando. Es verdad, pero desde aquel día mi mamá ha intentado cambiarme. Ha intentado que pase todo el día con ella y con mi abuela adentro de la casa. Me enseña a preparar varias comidas y aguas y tés. También en las tardes, antes de rezar, me enseña a hacer pomadas de romero. Eso me dice. Pero a mí las paredes de la casa me escupen saliva caliente y verde si las toco, y los gusanos que caminan y crecen y se reproducen en estas se me suben a los brazos y luego a la cabeza y se enredan en mi pelo. Del techo, cuando se abre un pedazo, caen pájaros sin plumas y con los ojos cerrados. En los caldos que preparamos para comer, veo tantas hormigas flotando que casi opacan las larvas blancas y gordas. A veces.

Por las noches es cuando siento más las gotas de saliva que me escupen las paredes. Me revuelco en mi cama, enredada con la sábana hasta que la humedad no me incomode. Lo intento hasta que escucho el galopar de un caballo. Lo escucho muy cerca, como si estuviera frente a la casa, segundos después lo escucho lejos, hasta que ya no. Y se repite, como un círculo, como si estuviera corriendo alrededor del campo frente a la casa. Me quito la sábana, me desenredo. Antes de que mis pies toquen el piso, recuerdo las palabras de mi mamá y mi abuela:

si escuchas ruidos o voces o animales en la noche, no abras puertas ni ventanas, porque si lo haces, vas a dejar entrar al diablo, que está allá afuera. Entonces subo de nuevo mis pies y envuelvo mi cuerpo con la sábana viscosa.

El siguiente día, y el siguiente, camino hasta donde termina el corral, deseando que el caballo me observe entre los troncos de los árboles de durazno que crecieron solos. También me recuesto al lado del arroyo que baja, esperando escuchar que chapoteen sus cuatro patas. No escucho nada. Las ramas me atraviesan las costillas, intentan suplirlas. Me giro hacia el arroyo y dejo que el agua acaricie el lado izquierdo de mi cuerpo, mientras que el lodo choca con mis ojos y entra por mi nariz y mis orejas. Muy adentro de mi oído, casi para quedarse ahí, me susurra. Porque lo que se comunica por el suelo deja ecos, de cuando permanece, de cuando se va, de cuando hace desastres; también deja espacio para volver.

Esta es la tercera noche desde la última vez que escuché al caballo correr por el campo. *Quiero escucharlo, quiero saber cómo es.* Espero acostada en mi cama, observando el río de saliva que avanza por el piso, mientras crece y rodea cada una de las camas. Los pájaros sin plumas y los gusanos de las paredes son arrastrados hasta el cuarto de rezo, y las veladoras se apagan. La casa queda en total oscuridad y silencio. Entonces lo escucho. Sus cascos chocan con el camino empedrado. *Quiero saber cómo es.* Salto al líquido y nado a donde recuerdo que está la puerta que da a la calle. Abro la puerta y el río de saliva se escurre por mis costados, la tierra de la calle la absorbe.

Escucho su relincho lejos, casi del otro lado del campo, luego más cerca. No logro verlo hasta que se detiene frente a mí, la luz de la luna me permite ver su silueta negra y los destellos blancos que lo rodean. Es una creación de la luna y la oscuridad, vive entre dos colores. Se detiene y me mira, en silencio,

esperando que haga lo que le conté hace días al suelo. Entro de nuevo a la casa, me acerco a la cama de mi mamá y le dejo lo único que amaba de mí: mi trenza. Con una herramienta filosa la corto y la coloco sobre mi cama. Salgo y camino hacia el campo, me acerco lento hasta que me presta su aliento. Tiene la luna en sus ojos, pero solo cuando mira directamente hacia ella. Me sonríe mientras me muestra sus colmillos que llegan casi hasta sus ojos, y tiene más que sobresalen a lo largo de sus patas. Le salen tres lenguas de serpiente que sisean al mismo tiempo. Me quito el vestido empapado, para que me bañe con el lodo y la sangre que le sale por su boca. Se agacha ligeramente, como invitándome a desaparecer. Me subo a su lomo, abrazo su pelaje cálido y avanza a galope suave, sin hacer ruido. Miro hacia atrás, en el fondo veo la casa con la puerta abierta, y las veladoras de las demás casas apagándose a nuestro paso.

## Camelia

Cada ciertas noches me mira a través de la ventana. Me mira con sus dientes de cristalería fina, carcome la superficie de mis clavículas con sus ojos de estrella. Después abre la ventana, recorre el mosquitero, y se escurre entre mis sábanas. Se desliza como serpiente, como alimaña. Da de vueltas por debajo del edredón, deja un aroma a brisa seca, a fumarola, impregnado en mi piel con su lengua. Me muerde, me baña en sangre, sangre que se me escurre en una serie de ríos finos desde el cuello hasta el abdomen. Siento su cabello acariciarme los tobillos, de lo largo que es. Luego me sostiene entre sus brazos por un momento, silenciosa. Se acerca a mi oído y sisea. Siento su nombre de flor muerta brotando desde el fondo de mi garganta: "Camelia". El momento termina y se va. Cuando se va me despierto bañada en sudor. Me levanto, me lavo la cara con agua helada, me vuelvo a dormir. Doy de vueltas por debajo del edredón, intento volver a dormir.

Por un momento pienso en mi papá. Está solo y duerme en el cuarto de al lado. A veces ronca, otras veces maldice en la oscuridad. No tiene idea de las cosas con las que sueño. Siento que si se enterara él me arrancaría el aliento con sus propias manos o peor, aunque justo ahora no se me ocurre algo peor. A veces escribo sobre eso en mi diario cuando regresamos de misa y vengo temblando, porque todo el camino de regreso, cuesta arriba hacia nuestra casa, le veo la espalda y voy pensando en eso. Es algo en lo que pienso mucho cuando estoy despierta; restos de aire contaminado por mis pulmones sucios, aire que apenas y se alcanza a escapar, antes de volverse mancha, una gran mancha transparente y acuosa (o capaz, sería más negruzca), manchando por siempre las enormes y velludas manos de

mi papá. Cuando es de día y camino tres pasos detrás suyo en silencio mientras le veo la espalda, cuando solo soy sombra, eso es lo que me hace temblar. Agarro mi almohada y le doy la vuelta buscando refrescarme la cabeza con el lado frío. Mis sienes y las yemas de mis dedos siguen calientes.

En mi diario a veces también escribo sobre Camelia. Cuando lo saco del clóset y le quito el candado, la pluma se me va y es la tinta la que me arrastra entera, como si me jalara de los pies por el empedrado sobre el que mi papá y yo caminamos cada mañana para ir a la iglesia. Escribo sobre sus finísimos y largos dedos pálidos, sobre los pequeños vuelcos que da mi estómago al sentir sus colmillos perforando mi cuello, sobre la manera que tiene de mirarme y hacerme saber que me mira aunque yo no la mire, aunque cierre los ojos con tanta fuerza como para hacerme llorar yo sola. La fricción contra el empedrado cuesta arriba me lastima, me corta la piel en tajos. Escribo páginas y páginas sobre todo lo que pienso y me imagino expuesta, ensangrentada frente a una multitud de murmullos conocidos y caras borrosas, afuera de la iglesia. Leo lo que escribo y es como si toda nuestra congregación supiese que la sangre que brota de mi carne es materia impura, veneno de capulina. Escribo y escribo y a veces en lugar de calmarme termino temblando más. Odio escribir. Solo lo hago porque no conozco otra forma de salir de mi cabeza. A veces cierro el diario de golpe y me enojo y lo aviento en el cajón de zapatos. Luego me agacho y busco que quede bien al fondo, abajo de los tenis que nunca uso y los mocasines de la escuela que ya no me quedan. Dejo muchas cosas más sin escribir.

Creo que Camelia sabe que se lo permito, el que venga a verme, solamente porque es todo siempre en sueños, como sacado de una fantasía que también mantengo oculta al fondo del cajón de zapatos, en rejunta con el polvo, el diario y

los cadáveres de termitas de cuando tuvimos plaga hace unos siete años. Todo esto empezó no me acuerdo cuándo, pero sí sé que fue hace mucho. Antes de Camelia, hace muchísimo. Quizás, como por el mismo tiempo en el que empecé a soñar con otro tipo de cosas; llantos sofocados con ternura en medio de lo oscuro, cabellos enredados a la luz de la medianoche, el contacto entre labios de tonos corales y violetas al atardecer, bodas en jardines frondosos ahogados de flores en las que dos siluetas con vestido se sostienen de las manos frente al altar. A lo mejor mis sueños comenzaron a empaparse de ese tipo de impurezas por culpa de Magnolia. Sí, yo creo que ahí empezaron los problemas.

Hubo un día en el que, saliendo del catecismo, nos fuimos a jugar detrás de la fuente con la estatua de la Vírgen que tenían en el patio. Ya estando solas, Magnolia insistió en que yo le diera un beso. Casi siempre llevaba su largo cabello, liso y negro, sujeto en trenzas, pero me acuerdo que ese día lo traía suelto, y le caía sobre la cara. Sé que yo sí quería besarla, porque desde más pequeñas nunca pude dejar de pensar en lo bonita que era, con su rostro ovalado de apariencia suave y ojos tan hondos y oscuros como dos pozos de agua, pero ella también me obligó a hacerlo. Dijo que si no lo hacía iba a contarle a todos los otros niños que yo era una "lesbiana", aunque por ese entonces yo ni siquiera sabía qué significaba eso. Entre aterrada y emocionada, le di el beso. Y luego ella me dio otro. Y mientras me lo daba me mordió. Y se nos hizo costumbre intercambiar besos, besos y una mordida, todos los sábados saliendo del catecismo, atrás de la fuente con la estatua de la Virgen, hasta que ella y su familia se mudaron de zona porque Magnolia había tenido problemas en su escuela. Algo sobre una mejor amiga suya que era mala influencia, según lo que alcancé a oír de otros papás de la congregación entre misa y misa. Nunca se lo dije a nadie

porque no quería que fueran a pensar que yo era igual a ella, ni siquiera al padre en ninguna confesión. Unos años después, no me acuerdo cuántos, empecé a soñar a Camelia.

Al principio le tuve miedo, y siento que por eso no se me acercaba. Empezó apareciéndose en la ventana, mirándome así como hace siempre, pero sin abrirla ni recorrer el mosquitero para pasar. Creo que la primera vez que la soñé me desperté gritando y llorando, porque me acuerdo que hice enojar a mi papá y él se bajó a dormir en el sillón. La soñaba con menos frecuencia antes, eso sí. De a poco empezó a aparecerse en la ventana más y más conforme fui creciendo, hasta que ahora la sueño casi a diario. De a poco también creo que empezó a acercarse. Para cuando abrió la ventana por primera vez y recorrió el mosquitero, Camelia a mí ya no me asustaba. No entró a mi habitación de inmediato. Nos miramos a los ojos fijamente, como en trance, como en una especie de juego, y me di cuenta de que sus pupilas eran absolutas, de que contenían todo el firmamento adentro. La profundidad del océano por las noches reflejando en su superficie móvil las estrellas. Extendió los brazos hacia el interior del cuarto, aferrándose con las uñas a las paredes sin romper mirada conmigo, sin parpadear (es más, creo que nunca la he visto parpadear), y luego desperté.

Al tiempo pudo entrar completa en la habitación, ponerse de pie al borde de mi cama. En algún momento imagino que se le hizo oportuno empezar a escurrirse entre las sábanas, quizás, cuando supo no sé cómo que yo le daba ese permiso. La primera vez que me mordió y me bañó en sangre también desperté llorando, pero me aguanté las ganas de gritar para no volver a despertar a mi papá y no hacerlo dormir en el sillón. No estoy segura de por qué lloraba, si aparte de llorosa también estaba yo bañada en sudor. Quizás lo hice si genuinamente me sentí sucia, ante mis sábanas, ante los ojos cerrados de mi padre en

la otra habitación y la silueta grisácea de la Virgen de piedra en la fuente del patio de la iglesia, pero no me acuerdo muy bien. Creo que después de esa vez ya no volví a llorar.

Me pregunto qué pasaría si algún día Camelia hiciese por escaparse del sueño, de mi cabeza, del fondo del cajón de los zapatos. Sé que vendría por mí, con sus colmillos de estalactita y sus pupilas negras. Lo peor, sé que no haría por espantarla, ni por decirle que se vaya. Sé que se iría para siempre si me atreviera a decirle que quiero que se vaya, porque sería una mentira, y Camelia no es el tipo de cosa que te acepta las mentiras. Yo la estaría esperando, pero no recostada. La esperaría erguida, más bien, con los pies sobre el borde de la ventana y mi diario abrazado al pecho. Sé que sabría que la estoy esperando. Yo saltaría hacia la nada cuando sea el momento, ella me atraparía. Me haría cosquillas con su larguísimo cabello. Me encajaría las uñas. De pronto, de la espalda le brotarían alas, unas grandes alas tornasoladas que nos mecerían en el viento con facilidad, como si estuviésemos hechas de puras telarañas. Nos alejaríamos de mi casa, del empedrado, de la iglesia y su Virgen de piedra en la fuente cuesta abajo. Volaríamos lejos, lejos lejos, hasta algún campo del cerro en medio de la nada. Rondaríamos las matas como colibríes, como libélulas. Me soltaría sobre el pasto y entonces, entonces volvería a bañarme en sangre. Pero ahora me cubriría con su fumarola completa. Ya no tendría mosquitero que recorrer, ventana por la que entrar, sábanas por las cuales tenerse que deslizar. Yo ya no sería sombra. Se bañaría en mí entera, y seríamos eso nada más. Solo ella y yo acarameladas de rojo. Un coágulo que muerde mil veces, que se ríe en dos voces, que se contorsiona como uno solo y se viste de seda. Del más rojo de los rojos. Si algún día ella se escapara, sé que ya no quedaría ningún grito por callar.

Este trabajo se terminó de componer en
formato digital en Zapopan, Jal.
En las oficinas del Centro Documental de Literatura
Iberoamericana Carmen Balcells.
Para el interior, se utilizó la tipografía Crimson Text
en sus diferentes variantes.

# Imaginar lo siniestro